

THE THEORETICAL DEVELOPMENT OF POPULISM. TOWARDS A SYSTEMATIZATION OF WHAT HAS BEEN WRITTEN ABOUT POPULISM AS A POLITICAL PHENOMENON

Resumen

El populismo fue abordado de diferentes maneras, se lo asoció con la extrema derecha en Europa y con la izquierda en América Latina, se dijo que era proteccionista en lo económico y nacionalista en lo político, que surgía y se hacía con el poder en países cuyas instituciones democráticas eran débiles y que aprovechaba las crisis económicas, políticas y/o sociales para apoderarse de la democracia y, una vez allí, atentar contra ella proponiendo y llevando a cabo cambios que minaban el Estado de derecho. Sin embargo, la llegada de Trump a la presidencia de los EE. UU. y de Johnson como *premier* británico obligó a replantearse las creencias teórico-políticas del fenómeno en cuestión. El presente artículo de investigación analizará, mediante una metodología cualitativa, la literatura respecto al fenómeno populista de acuerdo con unos criterios de selección y sistematización de la información teórica.

Palabras clave

Populismo, Democracia, América Latina, Europa, Trump.

Abstract

Populism was approached in different ways and forms, it was associated with the extreme right in Europe and with the left in Latin America, it was said that they were protectionist in the economic field and nationalist in the political field, that they emerged and took power in countries whose democratic institutions were weak and that they took advantage of economic, political and/or social crises to take over democracy and once there to attack it by proposing and carrying out changes that undermined the rule of law. However, the arrival of Trump to the presidency of the United States and Johnson as British premier forced a rethinking of the theoretical and political beliefs of the phenomenon in question. This research article focus with a qualitative methodology on the literature says about the populist phenomenon according to some criteria of selection and systematization of theoretical information.

Key Words

Populism, Democracy, Latin America, Europe, Trump.

Referencia: Colalongo, R. (2020). El desarrollo teórico del populismo. Hacia una sistematización de lo escrito sobre el populismo como fenómeno político. *Cultura Latinoamericana*, 32(2), pp. 38-65. DOI: <http://dx.doi.org/10.14718/CulturaLatinoam.2020.32.2.3>

EL DESARROLLO TEÓRICO DEL POPULISMO. HACIA UNA SISTEMATIZACIÓN DE LO ESCRITO SOBRE EL POPULISMO COMO FENÓMENO POLÍTICO

*Rodolfo Colalongo **
Università degli Studi di Salerno

DOI: <http://dx.doi.org/10.14718/CulturaLatinoam.2020.32.2.3>

Introducción

Mucho se ha escrito con relación al fenómeno populista, pero poco se sabe respecto a él. Muchos académicos, políticos, periodistas y analistas políticos siguen asociando al populismo con un lado de la política tradicional. En Europa, por ejemplo, se lo relaciona como un fenómeno propio de la extrema derecha, ya sean partidos políticos (La Lega en Italia, Vox en España, o PiS en Polonia) o como líderes en funciones (Orban en Hungría o Johnson en el Reino Unido). En Latinoamérica, en cambio, se lo vincula continuamente con la izquierda, y particularmente con presidentes como Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner en Argentina, Luiz Inácio da Silva y Dilma Rousseff en Brasil, Evo Morales en Bolivia, Rafael Correa en Ecuador, y Hugo Chávez y Nicolás Maduro en Venezuela.

Por otro lado, se dijo que los populismos surgían y se consolidaban en el poder, principalmente, en democracias débiles o cuyas institucio-

* Ph.D. en Sociología, teoría e historia de las instituciones de la Università degli Studi di Salerno, Italia. Los intereses de investigación se dirigen principalmente al estudio del populismo, de la política exterior latinoamericana y relaciones internacionales. ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-6200-4363>. Contacto: rcolalongo@unisa.it; rodo.colalongo@gmail.com
El presente artículo es resultado de un proyecto de investigación desarrollado en la Universidad de Salerno.



nes no fueran lo bastante sólidas para dar respuestas a las demandas sociales, y cuya ventana de ingreso eran las crisis (económicas, políticas y/o sociales) permanentes que padecían. Sin embargo, la asunción de Donald Trump en los EE. UU y Boris Johnson en el Reino Unido puso en tela de juicio dichas creencias y demostró, por un lado, que incluso en democracias sólidas los populistas pueden hacerse con el poder político y, por el otro, de que no son exclusivos de la izquierda política, como se creía en la región latinoamericana.

Por lo tanto, la idea del presente trabajo es pasar revista de los principales artículos, libros y académicos que se percataron del populismo como fenómeno político-social e intentaron, de diferentes formas y desde distintos puntos de vista, identificarlo, clasificarlo y definirlo. Ahora bien, como todo trabajo de investigación debe respetar ciertos tiempos y espacios, no abarca a la totalidad de autores que escribieron sobre el tema, ni mucho menos la cantidad, por cierto, asombrosa, que se escribió al respecto durante los últimos años (2016-2020), sino una selección de trabajos que, a criterio del autor y en función a su sistematicidad y rigurosidad, identificaron, clasificaron y definieron al populismo según una serie de criterios específicos y comprobables empíricamente.

La razón principal para dejar por fuera algunos libros¹ no fue su falta de rigurosidad y sistematicidad, sino que se propusieron revalorizar el estudio del populismo incluyendo argumentaciones que ya habían sido abordadas, incluso por los mismos autores en trabajos previos y, claro está, añadiendo nueva información empírica de análisis.

Además de identificar, clasificar y definir al populismo según los parámetros encontrados, se incluyó un apartado acerca de la relación del populismo con la democracia, por lo pronto entendida como occidental liberal, debido a que era una constante en casi todos los textos analizados acerca del funcionamiento del populismo como un correctivo de los errores propios del sistema democrático-liberal, o como una amenaza a las instituciones democráticas establecidas.

Finalmente, el texto aquí presentado se aleja un poco de la idea tradicional según la cual un artículo científico debe indagar sobre algún fenómeno social y brindarle una explicación teórica al respecto o viceversa, como también que todo trabajo académico debe partir, necesariamente, de una estructura metodológica específica (pregunta, hipótesis, objetivos generales y específicos). Por mas está decir que

1. Entre los que se encuentran: Kaltwasser, Taggart, Ochoa y Ostiguy (2017) y De La Torre (2018).



dichas estructuras textuales son necesarias y permitan un abordaje organizado y comprobable de los temas tratados, pero también lo son aquellas investigaciones que buscan ordenar y sistematizar, bajo ciertos criterios, la producción académica de un campo específico de las ciencias sociales, y más pertinente se vuelve cuando dicho espacio (el populismo) se encuentra en plena construcción teórica y cumple la doble función de ser objeto de estudio por parte de diferentes disciplinas sociales, como fenómeno político, social y/o económico, y, al mismo tiempo, como un conocimiento teórico en desarrollo.

Criterios de identificación, clasificación y definición del populismo

Gidron y Bonikowski (2013) mencionan que “the challenge of defining populism is at least partially due to the fact that the term has been used to describe political movements, parties, ideologies, and leaders across geographical, historical, and ideological contexts” (p. 1). Sin embargo, y a pesar de las dificultades planteadas, los autores esbozan la posibilidad de una comprensión sistemática del populismo que identifique claramente los principales elementos del fenómeno y permita su comparación más allá de los diferentes contextos. Para lograrlo, es necesario concentrarse en las tres principales aproximaciones que emergen de la ciencia política y la sociología que definen al populismo como una *ideología*, una *forma de movilización*, *lógica* o *estrategia política*, y un *estilo discursivo* (p. 5).

1. Populismo como ideología

Cas Mudde (2004) sostiene que desde la década de los 80 el término populismo (*new populism*, como se conoce en la literatura) ha estado asociado de manera negativa a la democracia liberal. Una especie de patología, una pseudo democracia que atenta contra los valores de las instituciones democráticas. Sin embargo, el autor sostenía que dicha concepción negativa se debía, principalmente, a la ausencia de una definición clara y precisa que pudiera darle mayor sentido al fenómeno populista.

Así, surge el populismo como ideología, entendido como “a thin-centered ideology that considers society to be ultimately separated into two homogenous and antagonistic groups, ‘the pure people’ versus ‘the corrupt elite’, and which argues that politics should be an



expression of the *volonté générale* (general will) of the people” (Mudde, 2004, p. 543), con una amplia difusión dentro del mundo académico.

Las ideologías focalizadas (*thin-centered ideology*) son aquellas que no necesariamente proveen respuestas a las principales preguntas políticas, pero sí pueden ser compatibles con otros desarrollos políticos más abarcadores como el socialismo o el liberalismo. Esto significa que cuando Mudde (2004) define al populismo como una “*thin-centered ideology*” lo hace en función de la posibilidad de que sea de izquierda o de derecha. El populismo en sí no presenta una característica que la haga propia de un sector político específico, sino que puede aparecer en aquellos contextos políticos donde los actores populares puedan ser movilizados por el mismo.

Por esta razón, “defining populism as an ideology has particular implications for the way in which research on the topic is carried out” (Gridon y Bonikowski, 2013, p. 7). Si el populismo es entendido como un conjunto de ideas, por ejemplo, es necesario realizar estudios sobre los discursos programáticos de los actores políticos.

Ben Stanley (2008) sostiene, al igual que Mudde, que el populismo es una “*thin-ideology*”, es decir, una ideología focalizada que en la práctica se ve combinada con las “*full ideologies*”. Entiende que las ideologías elaboran y/o diseñan un marco de interpretaciones culturalmente aceptado, y ofrecen una organización interpretativa de las posibilidades convincentes y heurísticamente útiles. Por eso, y citando a Freedman (1998), “will contain particular interpretations and configurations of all the major political concepts attached to a general plan of public policy that a specific society requires” (p. 750).

Por otro lado, las “*thin-ideologies*” —pequeñas, particulares, focalizadas, centradas— son aquellas en donde su estructura morfológica es restringida a un conjunto de conceptos claves que por sí mismo no pueden proveer una variedad de respuestas a las preguntas políticas que la sociedad demanda. Los conceptos elementales de cualquier ideología no son necesariamente ordenados en una especie de estructura metafísica, pero son producto de una serie de prácticas empíricas de los actores políticos. Por esto, para establecer esos conceptos claves se requiere de la observación empírica de lo que los exponentes piensan y dicen (Stanley, 2008).

La primera aproximación que indica por qué el populismo es una “*thin-ideology*” es la escasa evidencia de elementos institucionales que indiquen un propósito común o una unidad en torno al populismo. No hay un movimiento populista internacional, ni tampoco una historia



con datos y fechas precisas sobre el acontecer populista, y mucho menos reivindicaciones universales, sino más bien locales-nacionales. Sin embargo, plantea Stanley (2008), esta falta de conocimiento común en torno al populismo no significa una falta de ideología, porque el populismo cuenta, al menos, con un patrón particular de ideas, empezando por la propia palabra, que denota un conjunto de nociones relacionadas con el pueblo, una manera de pensar y conceptualizar lo que la gente quiere y/o reclama.

Los críticos del populismo muestran que existe un conjunto de ideas en torno a este, en especial porque van orientadas a sus formas de pensar —demagogos políticos— y prácticas políticas como la división de la política en dos grupos antagónicos —el pueblo contra la élite—, la supuesta armonía de intereses alrededor del pueblo y la afirmación sobre la legitimidad moral y normativa de la voluntad del pueblo para la toma de decisiones (Stanley, 2008).

El populismo, al igual que el nacionalismo, se concentra en el «quién» de la política: “it is an ideology dedicated to identifying the people as the privileged subject of politics and justifying their place on this pedestal” (Stanley, 2008, p. 102). El núcleo fundamental —que no se diferencia de los identificados por otros autores— del populismo está compuesto por cuatro elementos conceptuales: la existencia de dos unidades de análisis homogéneas, el pueblo y la élite; la relación antagónica entre ambas unidades de análisis; la idea de soberanía popular y la valoración positiva del pueblo frente a la denigración de la élite (p. 106). Si bien la ideología focalizada del populismo ofrece una interpretación propia de la política, también es cierto que hay un limitado potencial de estos elementos fundamentales del populismo que permitan responder al quién hace qué, dónde y cuándo, que son preguntas transcendentales, según Stanley, de la política, y a las que solo dan respuestas las *full ideologies*.

El populismo solo puede insistir en que el pueblo debe hacer lo que quiera, cuando quiera y como quiera, aunque en términos políticos sea un tanto impracticable. Lo cierto es que las ideologías no están obligadas a ser prácticas, pero cuanto menos lo sean, menos probable es que logren desarrollar una tradición ideal a través de la experiencia concreta y la reflexión teórica (Stanley, 2008).

Zanatta (2013) comienza *Il populismo* diciendo que su objeto de investigación es el populismo como expresión moderna de un legado antiguo, esto es, como una visión del mundo típica de la época donde dominaba lo sacro y lo religioso, en el cual la sociedad era vista a imagen y semejanza del cuerpo humano, y donde era necesario, para



su buen funcionamiento, que los individuos se sometieran al espacio colectivo que los trasciende: «Il piano de Dio, o della natura» (p. 9). Una visión del mundo en donde el pueblo se vuelve trascendental y es al mismo tiempo unitario e indivisible, y que de tanto en tanto se vuelve totalitario, en especial cuando es contenido, encerrado o apriisionado dentro de la democracia constitucional.

Estudiar el populismo desde una perspectiva histórica, implica, siguiendo con Zanatta (2013), «affrontare i nodi del rapporto tra libertà politica e ordine sociale, comunità e individuo, tirannia e democrazia, sfera secolare e sfera spirituale nella storia occidentale» (p. 10). Es decir, implica nadar en las profundidades de la política y la espiritualidad del mundo entero. Una visión así supera el propio estudio del populismo como fenómeno político para adentrarse hacia una cosmología, una noción más profunda, completa y abarcadora de la sociedad de masas y la democracia.

Zanatta (2013) aborda el estudio del populismo teniendo en cuenta dos cuestiones fundamentales. La primera es que el fenómeno populista es una especie de imaginario que suele permeear de distinta manera y en diferentes épocas a las sociedades, en particular a determinados actores. La segunda es que el populismo, como ya lo planteó Stanley, no es comparable a otros «ismos» —liberalismo, facismo o comunismo, entre otros—, sino que «è un concetto che, semmai, individua il nucleo comune di tutti quei fenomeni così diversi tra loro e come tale non esiste allo stato puro in natura» (p. 10).

Cada fenómeno populista que surge en el mundo es único e irreplicable, sin embargo, hay algo que es común a todos los populismos: en menor o mayor medida evocan el imaginario populista a partir de la idea de que «le società sono come organismi viventi, dove ogni organo contribuisce al buon funzionamento del corpo» (Zanatta, 2013, p. 10). Por esta razón, la sumisión del individuo a la voluntad social-popular es garantía de la cohesión de la sociedad y, por ende, de su correcto desempeño.

El populismo entendido de manera orgánica, unitaria, en donde el individuo se debe a la sociedad como dios al mundo, es enemigo de la idea iluminista de la modernidad que entiende al individuo como el centro de la sociedad, en donde los seres humanos, como ciudadanos, no se deben sino a sí mismos. Entonces, si bien el populismo puede surgir en cualquier país del mundo, lo cierto es que en aquellos Estados donde la estructura «illuministe dell'ordine sociale e dell'immaginario collettivo sono più solide, esso funge così da campanello d'allarme dell'usura cui quegli ordini, come tutti gli



altri, sono soggetti» (Zanatta, 2013, p. 11). Por esta razón, sostiene el autor, el populismo es más común en el mundo latino que en el anglosajón.

Zanatta (2013) continúa preguntándose qué es el populismo. Y si bien sostiene que es una pregunta que posiblemente quede sin respuesta debido a que no existe una definición clara y precisa, reconoce, al mismo tiempo, que el populismo tiene un núcleo de ideas, una esencia que le permite interpretar el mundo y la humanidad de una forma particular. Por eso reaparece constantemente ya sea como discurso o como fenómeno histórico-político.

Al igual que lo autores precedentes, Zanatta reconoce que el populismo es una ideología o, al menos, hay una similitud, una cercanía entre populismo e ideología. También es cierto, en palabras del autor, que no es posible identificarlo como de derecha o izquierda, por lo tanto, la base social a la que apela es imprecisa y ambigua.

El pueblo hace parte de la idea central del populismo, por ello la apelación constante al mismo como fuente de toda legitimidad política que está por encima de los representantes. Es tan así que «è inconcepibile parlarne fuori da un contesto ideale democratico; fuori da un contesto, cioè, in cui sia assodato che la fonte del potere risiede nel popolo» (Zanatta, 2013, p. 18). Independientemente de las diferentes connotaciones que pueda tomar la palabra pueblo para los diferentes populismos, en todos los casos este es el depositario exclusivo de la virtud de la cual el populismo es el único capaz de monopolizar. El pueblo se comprende mejor desde un punto de vista populista si lo definimos como «comunità olistica, dove l'insieme supera la somma delle parti di cui è composto, dove l'individuo si confonde col tutto» (Zanatta, 2013, p. 20). Su naturaleza, pues, es indivisible, monolítica.

Por eso, para el populismo, el pueblo es su patria, donde existe un destino y una tradición en común, una identidad nacional. Cualquier intento de disenso es considerado una amenaza a su existencia como pueblo homogéneo, único y cohesionado. Esta visión nacional de patria no es una construcción abstracta del populismo, sino un imaginario social antiguo, siempre listo para ser utilizado (Zanatta, 2013).

Al ser el único método capaz de monopolizar la legitimidad del pueblo, el populismo se convierte en el medio idóneo para establecer un orden justo y equitativo, una democracia que solo puede funcionar mediante el ejercicio directo del poder público. La homogeneidad conceptual condena al ostracismo social y político a todos aquellos que se atrevan a disentir, y establece así una clara diferenciación entre



nosotros, el pueblo único y cohesionado, y ellos, que buscan la división y la destrucción de la soberanía popular. Por eso, cada crisis de legitimidad que surgen en las democracias liberales es una oportunidad para el surgimiento del populismo.

Dentro de las manifestaciones típicas del populismo encontramos aquellas relacionadas con la tendencia a expresarse a través de un líder carismático que cumple una función vital: darle una identidad común y única a sus seguidores: «la visione populista del mondo porta in proposito naturalmente verso tale tipo de guida, garanzia di ferrea unità e omogeneità» (Zanatta, 2013, p. 25). Esto convierte al líder en el centro neurálgico, en la espina dorsal del movimiento, sin el cual sería imposible andar o continuar en la senda del buen funcionamiento de la sociedad.

Todo líder populista posee ciertas características que lo hacen único y apto para ocupar ese cargo. Primero, debe poseer carisma, elemento que permite la identificación del pueblo con su líder —«*ras-somiglianza*» (semejanza) lo llama Zanatta—. Segundo, debe ser un *outsider*, estar libre de la contaminación política elitista, ajeno al mundo político, que sale del pueblo, se identifica con él y es el portavoz y la encarnación de sus intereses. Y tercero, debe ser portador de una visión maniquea del mundo, una cosmología en donde todo se separa de manera binaria y opuesta: blanco o negro, amigo o enemigo, el bien y el mal.

Por esta razón, la discriminación se vuelve justa y necesaria para llevar a cabo un proceso populista, pues el pueblo es el único que retiene el monopolio de la virtud y los otros, los enemigos del pueblo, el vicio. La estructura discursiva procura aparecer en la vida económica, donde el populismo suele portar la bandera del trabajo productivo y nacional en contra de la economía especulativa e internacional (Zanatta, 2013).

Una vez que hemos identificado el núcleo del populismo, dice Zanatta (2013), debemos pasar a la siguiente etapa: evidenciar cuáles son las condiciones que favorecen la aparición del fenómeno populista. Ahora bien, existe un consenso alrededor del cual el populismo, como manifestación social, es una reacción a una situación de crisis previa, un síntoma de que algo no está funcionando a nivel político-social, sin embargo, lejos está de ser el que origina la disrupción, aunque una vez instalado como articulador de las necesidades del pueblo ejerza una fuerza contraria a la consolidación de la democracia representativa-liberal y de las instituciones del Estado de derecho.



La crisis es producto de una «*frammentazione, disunione, dissoluzione di una comunità omogenea. Sono, cioè, il frutto di trasformazioni di varia natura che sfidano l'unità del popolo*» (Zanatta, 2013, p. 31). Este desafío se puede dar en varios ámbitos a la vez. En lo económico, a través de la pérdida de poder adquisitivo de la sociedad y el aumento de la desigualdad; en lo social, producto del menoscabo de los valores éticos o por la amenaza a la identidad; y en lo político, por el descrédito generalizado hacia la clase dirigente o el sistema de normas que rige a la sociedad, esto es, en el propio Estado de Derecho. Cuando se percibe que las normas escritas no se adecúan a lo que el pueblo, como base soberana, reclama, se produce entonces «*il momento populista*». Elementos disgregacionistas como las crisis económicas, las guerras o los flujos migratorios colaboran con la aparición del discurso populista.

El momento que favorece la aparición del populismo varía según su contexto histórico. En general, «*la crisi di legittimità che investe la classe politica in tali occasioni non risparmia neppure il sistema politico-istituzionale tipico dello Stato di diritto*» (Zanatta, 2013, p. 33). Hoy en día, este desorden institucional es causado por la globalización y la proliferación de instituciones supranacionales que modifican la estructura interna del sistema democrático y provocan la desarticulación de la estructura económica-social existente e, incluso, la del propio Estado-Nación, con lo cual atentan contra las fuentes tradicionales de legitimidad (Zanatta, 2013).

Al peligro de la globalización hay que sumarle otro elemento que permitió el surgimiento del momento populista: el uso masivo de las redes sociales y los medios de comunicación, que se convirtieron, para los populistas, en el escenario necesario para la comunicación directa entre el líder y sus seguidores, para la transmisión en vivo, sin intermediarios y a escala global, de su retórica populista —símbolos, personajes, valores y lenguajes—. Es decir, «*lo strumento principale attraverso il quale plasmare il proprio popolo*» (Zanatta, 2013, p. 34).

Según Zanatta (2013), el populismo es intrínsecamente ambivalente, por un lado, por su imposibilidad de acomodarse en un lugar preciso del arco ideológico tradicional o de identificarse con una clase social precisa, y por el otro, porque al interior de este convive una tensión entre una tendencia inclusiva y otra autoritaria. La primera ambivalencia se supera cuando el populismo intenta eliminar dichas barreras para plasmar una «*comunità indifferenziata*». La tendencia inclusiva del populismo se manifiesta de forma material en su intención de ser el paladino de la justicia social y de la redistribución de



la riqueza y, de manera inmaterial, se manifiesta en el plano ético a través de la integración simbólica y moral del pueblo, salvaguardando su dignidad.

Ahora bien, para conseguir la integración simbólica y moral y eliminar las barreras ideológicas y de clase social que impiden la formación de una comunidad armoniosa, es necesario aplicar la coerción y el autoritarismo. En este caso, sostiene Zanatta (2013), el populismo evoca una ideología excluyente que se hace poseedora del monopolio de la ciudadanía y de la legitimidad política en nombre del pueblo. Acá la posibilidad de la aparición de un régimen totalitario-populista es alta, en especial cuando utiliza su gran «potenziale evocativo», que busca la simplificación de la política prometiendo una reducción entre los deseos del pueblo y su realización. Es en esta etapa donde el populismo se vuelve antipolítico, porque la política se torna inútil para resolver los problemas del pueblo y se convierte en un obstáculo para la realización de la voluntad popular.

La forma autoritaria-totalitaria de gobierno se materializa a través de la eliminación de los partidos políticos y de las instituciones autónomas, y el Estado de derecho suele ser ocupado mediante mecanismos de gestión del poder antiguos y retrógrados como redes clientelares, privilegios familiares y relaciones de patronazgos que intercambian lealtad política por favores y protección. El populismo autoritario puede convertir al Estado, también, en una tecnocracia donde se reduce al máximo la dialéctica política e ideológica (Zanatta, 2013).

2. Populismo como movilización, lógica o estrategia política

Por otro lado, existen otras aproximaciones teóricas que entienden al populismo como una estrategia política en lugar de una ideología. Esta concepción se concentra en tres aspectos diferentes: las decisiones políticas, la organización política, y las formas de movilización, a las cuales sería oportuno agregarle uno más: la lógica política.

En ese sentido, Madrid (2008) argumenta que las políticas populistas son aquellas que tienen como objetivo la redistribución de los ingresos y la nacionalización de los recursos naturales, como también la movilización de las masas apelando a consignas anti-grupo de poder y antisistema. El populismo aplica, digamos, una forma particular de política económica. Acemoglu, Georgy y Konstantin (2013) definen al populismo “as implementation of policies receiving support from a significant fraction of the population, but ultimately hurting the economic interests of this majority” (p. 772).



La utilización del lenguaje populista por parte de los líderes políticos tiene la intención de señalarles a los votantes que ellos no están en deuda con los grandes intereses económicos del país (Gridon y Bonikowski, 2013), más bien al contrario: estos le deben al pueblo su riqueza y el Estado, en este caso, debe retornárselos mediante políticas de redistribución de los ingresos.

Por el contrario, Weyland (2001) sostiene que el populismo se debe definir en términos de organización política, es decir, “as a political strategy through which a personalistic leader seeks or exercises government power based on direct, unmediated, uninstitutionalized support from large numbers of mostly unorganized followers” (p. 14). Lo que este autor destaca es la relación entre los líderes populistas y el pueblo, más allá del contenido propio de las políticas que apliquen o el tipo de discurso que emprenden.

Roberts (2006,) sugiere que “[t]he organization of populist constituencies can be durable or fleeting, formal or informal, with variation both across cases and over time within the same case” (p. 130). Para ello, elabora una relación que le permite establecer cuatro formas diferentes de populismos que existen en función de la movilización política que apliquen. Ello depende de la interacción entre los grados de organización de la sociedad civil (en especial, de los sindicatos) y el grado de organización del sistema de partido (el nivel en el cual los partidos populistas están listos para competir en la contienda electoral). Un alto grado de organización partidaria y civil, entonces, llevan a un Populismo Orgánico (1), entendido como aquel en el que el líder “build serious organizations in both of these primary domains of populist mobilization” (Roberts, 2006, p. 130). El ejemplo que el autor cita para ilustrar esta clase de populismo es el Gobierno de Lázaro Cárdenas en México, que gobernó del 1934 al 1940 e implementó una serie de medidas tendientes a reforzar el vínculo con el pueblo como la reforma agraria y la reglamentación de derechos laborales, así como la creación de organizaciones de trabajadores y las confederaciones de campesinos.

Ahora bien, un bajo grado de organización partidaria y un alto de grado de organización civil llevan a un Populismo Sindical (2) de los trabajadores “allowing labor unions to become the primary vehicle for populist mobilization” (Roberts, 2006, p. 130). El autor utiliza como ejemplo a la Argentina de Perón, entre 1946-1955:

[...] before his entry into electoral politics, Peron used his position as the minister of labor to organize workers and cultivate their political loyalty



[...] in the partisan/electoral sphere, however, Peron was loathed to institutionalize a party organization, preferring an informal political movement that was utterly dependent on his personal. (p. 131)

Según el autor, Perón también impidió el desarrollo de un aparato burocrático estatal que pudiera trasladar recursos políticos a sus oponentes, tanto partidarios como extrapartidarios.

Por otro lado, un alto grado de organización partidaria y un bajo grado de organización civil llevan a un Populismo Partidario (3), “as the development of labor and civic organizations lags behind the development of the party apparatus” (Roberts, 2006, p. 132). El autor utiliza el Gobierno de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), en Perú, con Víctor Raúl De La Haya como su fundador y líder carismático, y primer candidato a presidente del partido para las elecciones de 1931 (elecciones a las que nunca se presentó porque fue encarcelado y su partido prohibido desde 1931 hasta 1934 y después del 1935 al 1945).

Lo curioso del caso, y la razón por la cual es usado por Roberts (2006) como ejemplo, es que su creador y líder indiscutido nunca llegó a la presidencia del país, pero el APRA se volvió la organización política más importante del Perú por décadas debido, principalmente, a su disciplina partidaria, cohesión y mística.

Finalmente, está la relación en donde un grado bajo de organización partidaria y civil lleva a un Populismo Electoral (4). En este caso, el líder populista no intenta construir organizaciones grandes, ya sea de partidos políticos o de la organización civil, sino “mobilize voters in electoral campaigns without encapsulating them in party organizations, labor unions, or other large-scale secondary associations” (Roberts, 2006, p. 132). Por eso, la lealtad política se genera a través de una combinación de factores como “charisma or personal leadership qualities, discursive attacks on established elites, and the promised distribution of individual or collective benefits” (p. 132).

Roberts (2006) utiliza como ejemplos a José María Velasco Ibarra, quien fuera electo cinco veces presidente del Ecuador, pero solo completó un mandato: “Velasco was a compelling orator who thrived when addressing the masses in campaign rallies, but he harbored nothing but disdain for party organizations and did little to invigorate Ecuador’s chronically weak labor movement” (p. 132). El otro ejemplo es el de Alberto Fujimori, presidente del Perú desde 1990 hasta el 2000, y quien “founded no less than four different ‘parties’ between



1990 and 2000 that were, in reality, little more than registration labels for his independent campaigns” (p. 133).

Ahora bien, Levitsky y Roberts (2011) definen al populismo en términos de movilización política “top-down political mobilization of mass constituencies by personalistic leaders who challenge established political or economic elites on behalf of an ill-defined *pueblo*” (pp. 6-7). También sostienen que las apelaciones populistas son ideológicamente flexibles y por ello no es aconsejable definirlo en términos ideológicos. En cambio, Taggart (1995) sostiene que los partidos populistas se caracterizan por una estructura centralizada dirigida por un líder carismático y que, dada su particular falta de valores centrales, el populismo es “particularly liable to the politics of personality” (2000, p. 101).

En cambio, Barr (2009) entiende que de la misma manera que existen líderes carismáticos en el populismo, también hay otros líderes populistas importantes (Fujimori) que no lo son necesariamente, apuntando con esto que la presencia de un líder carismático no representa un criterio suficiente o necesario de las políticas populistas. El autor hace una conexión entre los movimientos populistas y sus seguidores, argumentando que cuando el populismo se hace con el poder “they tend to use clientelism in addition to plebiscitarian linkages” (p. 40). Para el líder populista, continua el autor, es importante mostrarse como *outsider* político, alguien que estuvo por fuera del sistema.

Jansen (2011) argumenta que, a pesar de considerar al populismo como una ideología estable, deberíamos mirarlo como un proyecto político “that can be undertaken by challengers and incumbents of various stripes in pursuit of a wide range of social, political and economic agendas” (p. 77). Su definición contiene dos dimensiones: movilización y discurso. Por la primera entiende que “any sustained, large-scale political project that mobilizes ordinarily marginalized social sectors into publicly visible and contentious political action, while articulating an anti-elite, nationalist rhetoric that valorizes ordinary people” (p. 82). El discurso populista, por otro lado, lo entiende “posits the natural social unity and inherent virtuousness of ‘the people’” (p. 84). Como se puede ver, ninguna de las tres aproximaciones teóricas es excluyente entre sí.

En cambio, Laclau (2005) abre *La razón populista* argumentando que su propósito es interrogarse sobre «la lógica de formación de identidades colectivas» (p. 9), básicamente el *pueblo*, central para comprender el populismo. Este razonamiento surge de la articulación entre la lógica de la diferencia y la lógica de la equivalencia, y como consecuencia de tal intervención es que el populismo continúa siendo



vago, ambiguo o borroso: la intención del autor no es encontrar el «verdadero referente» del populismo, sino justamente lo contrario, mostrar que dicho fenómeno no tiene ninguna unidad referencial «porque no está atribuido a un fenómeno delimitable, sino a una lógica social cuyos efectos atraviesan una variedad de fenómenos. El populismo es, simplemente, un modo de construir lo político» (p. 11). Es, pues, una lógica política.

De ahí que gran parte del esfuerzo intelectual en este libro haya sido demostrar y afirmar la vaguedad y ambigüedad del fenómeno, «de manera que el populismo aparezca como una posibilidad distinta y siempre presente de estructuración de la vida política» (Laclau, 2005, p. 27). Estas categorías que se utilizan para describir el fenómeno populista, lejos de ser perjudiciales para el mismo en el sentido que se usan para desestimar cualquier intento de aproximación teórica seria, contribuyen de manera sustancial para comprenderlo. En todo caso, habría que preguntarse si tales atribuciones peyorativas no derivan *per se* de la condición misma de la acción política.

La función principal del populismo está ligada al establecimiento de una frontera política entre lo que es *el pueblo* y el *no pueblo*. El pueblo va más allá de la mera totalidad de los habitantes de una comunidad, «es un componente parcial que aspira, sin embargo, a ser concebido como la única totalidad legítima» (Laclau, 2005, p. 108). Es decir, cuando un grupo de la sociedad reclama ser el pueblo legítimo —una parcialidad quiere funcionar como la totalidad de la comunidad—. Esta división del campo social en dos cuerpos antagónicos es consecuencia de lo que Laclau denomina la lógica de la diferencia y la lógica de la equivalencia:

Pensemos en una gran masa de migrantes agrarios que se ha establecido en las villas miseria ubicadas en las afueras de una ciudad industrial en desarrollo. Surgen problemas de vivienda, y el grupo de personas afectadas pide a las autoridades locales algún tipo de solución. Aquí tenemos una *demanda* que, inicialmente tal vez sea sólo una *petición*. Si la demanda es satisfecha, allí termina el problema; pero si no lo es, la gente puede comenzar a percibir que los vecinos tienen otras demandas igualmente insatisfechas —problemas de agua, salud, educación, etcétera—. Si la situación permanece igual por un determinado tiempo, habrá una acumulación de demandas insatisfechas y una creciente incapacidad del sistema institucional para absorberlas de un modo *diferencial* (cada una de manera separada de las otras) y esto establece entre ellas una relación *equivalencial*. El resultado fácilmente podría ser, si no es interrumpido por factores



externos, el surgimiento de un abismo cada vez mayor que separe al sistema institucional de la población. (p. 98)

El populismo, entonces, requiere de la división antagónica de la sociedad en dos campos —un grupo que se reclama para sí mismo la representación del todo, *el pueblo*, y los otros, lo que se quedaron por fuera de la frontera política y que constituyen el *no pueblo*—, y que la construcción de la categoría de pueblo se dé como una identidad global a partir de la equivalencia de las diferentes demandas sociales, de un contexto de crisis a causa de la extensión y prolongación de los reclamos sociales insatisfechos. Ahora bien, para la constitución de la identidad global es necesario la presencia de un líder carismático que sepa cómo aglutinar y universalizar los reclamos.

Además de la división real planteada por el populismo, el autor piensa que hay una distinción simbólica entre el *nosotros* y el *ellos* que constituye la base del discurso populista y que se materializa a través de la relación entre lo que denomina los significantes vacíos, esto es, conceptos que van tomando forma en función del lugar y el contexto en el cual son expresados. Estos significantes toman forma a través de un proceso de identificación donde un específico grupo social se convierte en *el pueblo* (nosotros) y lucha contra la opresión del *no pueblo* (ellos). Básicamente, el populismo se presenta como un discurso anti *statu quo* que lucha contra la hegemonía y el poder de los opresores.

A modo de conclusión, Laclau (2005) sostiene que «pensar al pueblo como categoría social requiere de una serie de decisiones teóricas» (p. 277) como la atribución constitutiva de la heterogeneidad social, esto es, la posibilidad siempre latente de que la heterogeneidad se vuelva homogénea. En términos populistas, que la *plebs* (los de abajo) se vuelva el *populus* (la comunidad como un todo homogéneo). Y es precisamente en ese acto en donde el *pueblo* se vuelve una categoría política, «un acto de institución que crea un nuevo actor a partir de una pluralidad de elementos heterogéneos» (p. 278). Entonces, la peculiaridad de la construcción del pueblo como actor histórico, dice Laclau, descansa justamente entre la «universalidad del *populus* y la parcialidad de la *plebs*. La lógica de su construcción es lo que hemos denominado ‘razón populista’» (p. 278).

3. Populismo como estilo discursivo

En contraste con las anteriores aproximaciones teóricas, existe otra que identifica al populismo como un estilo discursivo. Definen



al populismo como una “rhetoric that constructs politics as the moral and ethical struggle between el pueblo and the oligarchy” (De La Torre, 2000, p. 4). Hawkins (2010) sostiene que el populismo no es otra cosa que “a worldview and is expressed as a discourse” (p. 10). Para Kazin (1995, como se citó en Gridon y Bonikowski, 2013, p. 8), quien estudió el populismo americano, “populism is not an ideology that captures the core beliefs of particular political actors but rather a mode of political expression that is employed selectively and strategically by both right and left”.

Gidron y Bonikowski (2013) argumentan que, más allá de las similitudes entre las aproximaciones ideológicas y discursivas sobre el populismo, lo cierto es que hay sutiles diferencias que traen importantes implicaciones teóricas y metodológicas al respecto y que empujan a los investigadores a realizar diferentes aproximaciones empíricas. Las implicaciones más destacadas tienen que ver con las unidades de análisis y las escalas de medición implementadas en el estudio del populismo. Al considerar al populismo como un estilo discursivo, entonces, se tienen en cuenta las particularidades de las expresiones políticas, más que los atributos típicos de los partidos o líderes políticos que llevan a una distinción entre populistas y no populistas.

Otro caso es de Deegan-Krause y Houghton (2009), quienes sostienen que comprender el populismo como un discurso político, más que como una identidad política, “shifts our assessments from binary opposition- a party is populist or not- to a matter of degree- a party has more populist characteristics or fewer” (p. 822). De manera similar, Panizza (2005) sostiene que el populismo como concepto discursivo se refiere a prácticas dinámicas de identificación más que a individuos o partidos.

De la Torre y Peruzzotti (2008) señalan que para comprender mejor al populismo y por qué perdura en las sociedades es mejor realizar una lectura política y discursiva del fenómeno. Para que las estrategias populistas funcionen, «deben asentarse en las formas de representación existentes y en las tradiciones discursivas disponibles» (p. 25). Tanto los discursos maniqueos como las tradiciones culturales hacen parte de las estrategias discursivas populistas, entre las que se pueden mencionar «las relaciones de reciprocidad del parentesco, del clientelismo y del corporativismo» (Prud' Homme, 2001, pp. 56, 57).

El análisis del discurso se ha concentrado en examinar los diferentes grados de polarización presentes en los fenómenos populistas, que van desde la polarización política en dos campos antagónicos, hasta la



«politización de todo el campo social en dos campos irreconciliables que radicalizan la política, la cultura e incluso las diferencias sociales» (De la Torre y Peruzzotti, 2008, p. 27). Sin embargo, los análisis discursivos no lograron explicar cómo se generan las subjetividades e identidades populistas porque se concentraron siempre en las condiciones de producción de dichos discursos (De la Torre y Peruzzotti, 2008). Es necesario entonces, conocer que los discursos populistas se manifiestan en situaciones de confrontación política y condicionan mitos y maneras de entender la política (Ostiguy, 2007).

Los eventos masivos fueron los espacios políticos por excelencia de los discursos populistas. Es allí donde han logrado la producción y reproducción de los vínculos emocionales necesarios para la unión de los líderes con sus seguidores en contextos de gran polarización política (De la Torre y Peruzzotti, 2008). Randal Collins (2004) sistematiza los elementos de los rituales que se dan en la interacción de los discursos. La interacción produce conexiones intersubjetivas emotivas que desembocan en lazos de solidaridad y en la creación de símbolos cognitivos que generan en los participantes «sentimientos de confianza, entusiasmo y el deseo de actuar de acuerdo con lo que consideran como el camino moral correcto» (p. 42).

Dentro de los discursos y el planteamiento del líder populista, la separación entre aquellos que hacen parte de la comunidad elegida y los que no es central. Los elegidos son el pueblo, los soberanos, los únicos con derechos para imponer sus ideas sobre el resto de la sociedad. El discurso se vuelve el medio a través del cual se incorporan estos elementos por parte de la audiencia. El sentimiento de solidaridad discursiva se debe transformar en una acción política concreta que termine con el líder populista en el poder y una masa fiel de seguidores políticos. Las identidades políticas que se generan en este tipo de eventos populistas

[...] se pueden basar en la politización de los apelativos morales, en la politización de las desigualdades y hábitos de las clases sociales y sobre todo en la creación de dos campos antagónicos que se expresan entre quienes están con el líder-redentor y quienes no lo están, y representan el viejo orden. (De la Torre y Peruzzotti, 2008, p. 33)

Una vez hecho el acto populista, lanzado el discurso salvador y creados los lazos de solidaridad, el sistema clientelar comienza a funcionar en la reproducción masiva de lo dicho en la reunión política. La idea central es la politización global de los apelativos morales y



los hábitos sociales. Menéndez Carrión (1986) y Auyero (2001) mencionan que a través de las redes clientelares no solo se dan bienes y servicios a cambio de comportamientos políticos-electorales, sino que también se construyen y refuerzan lealtades partidarias y se reproducen los mitos que resaltan y ubican al líder como redentor del pueblo.

María Esperanza Casullo (2019) sostiene que el populismo se sustenta en lo que ella llama el «mito populista». Un mito en el sentido de cuento o leyenda popular, aunque existe diferencias: en un mito existe algo de verdad en el relato que narra «como algo que sucedió efectivamente en el pasado; lo que los diferencia de las leyendas es que su héroe no es individual, sino colectivo» (p. 592). Los mitos políticos relatan el origen de una comunidad, de una nación o un pueblo. Ahora bien, el mito populista «es una plantilla o modelo formal discurso “vacío”, como lo es el melodrama, la leyenda o el cuento folclórico. Es vacío porque su estructura puede llenarse con infinitos contenidos “sustantivos”, según el contexto y las necesidades e intenciones del hablante» (p. 592). De hecho, continua la autora, su similitud con las historias y cuentos populares radica en su estructura simple, binaria, en donde se encuentra un héroe que busca algo y un malo que lo impide.

Por ello, la autoridad populista se fundamenta en este mito, en la narración que hace de la realidad social, en la denuncia que expone, es decir, siguiendo con Casullo (2019) «en la palabra». Es en este punto, en la palabra, donde el populismo se asemeja a otras formas de hacer política, porque, según la autora, la propia política se fundamenta en el uso del discurso, en la utilización de la palabra como forma de resolver los conflictos que se presentan en la sociedad de manera pacífica:

[...] la política requiere de la formación de identidades, y las identidades se crean y refuerzan primariamente a través del discurso público, directo y mediatizado. Una vez que se ha aceptado la apertura del espacio simbólico y material de la política, se ha aceptado también el compromiso no solo de hablar, sino de hablar *para persuadir al otro*. (p. 832)

Todo movimiento político necesita de la palabra política, esto es, de la enunciación de «ideologías, diagnósticos y objetivos, y la delimitación de un “nosotros” y de un “ellos” pero lo es todavía más para los movimientos populistas, por el tipo de lazo representacional que une al líder con sus seguidores» (Casullo, 2019, p. 832). Por lo tanto, las apelaciones a las emociones, los antagonismos, y las palabras fuertes y concisas con referencias concretas hacia los enemigos del pueblo, ha-



cen parte crucial dentro del lenguaje populista. La utilización de este tipo de lenguaje explícito, radical y directo es lo que lo diferencia del «discurso político tecnocrático, basado en general en datos, impersonal, y que solo busca el “bien común” universal» (p. 847), que es el que utilizan los líderes no populistas.

Populismo y democracia

Ahora bien, el tema de la relación del populismo con la democracia desató un gran debate teórico sobre si el populismo es una amenaza o un correctivo de la democracia. En esta sección se presentarán las diferentes posturas y argumentaciones alrededor de la premisa planteada. En este sentido, De la Torre (2008) se pregunta por qué el populismo reaparece constantemente bajo contextos democráticos y resalta los argumentos de Drake (1999) y Freidenberg (2007), al mencionar que, en contextos de institucionalidad débil, en donde las normas de juego electoral y los mecanismos de rendición de cuenta no funcionan y los partidos políticos son frágiles, los excluidos del sistema apelan a los líderes populistas para satisfacer sus demandas electorales.

Su análisis sobre el populismo y la democracia resalta las ambigüedades del primero en relación con el segundo. El populismo logra representar al mismo tiempo la regeneración de los

[...] ideales participativos y de igualdad de la democracia, así como la posibilidad de negar la pluralidad de lo social sin la cual el ideal democrático puede degenerar en formas autocráticas y plebiscitarias de aclamación a un líder construido como la encarnación del pueblo y de la nación. (De la Torre y Peruzzotti, 2008, pp. 43-44)

Lo cierto es que depende del origen y/o el lugar desde el cual un investigador escriba sobre el populismo y su relación con la democracia para saber qué posición tiene al respecto. Aquellos que «escriben sobre el populismo como “redención democrática” lo hacen desde países con instituciones sólidas» (De la Torre y Peruzzotti, 2008, pp. 44), en cambio, aquellos que lo hacen desde países con instituciones débiles, en donde los populismos tienen mayores posibilidades de aparecer, tienden a destacar los rasgos autoritarios de sus líderes. En otras palabras, los que sufren la aparición del populismo tienden constantemente a razonarlo como una amenaza a la democracia, en



cambio, aquellos que escriben desde latitudes que no experimentaron Gobiernos populistas o sus experiencias fueron breves, tienden a resaltar los aspectos correctivos del mismo hacia una democracia contradictoria.

Según Gridon y Bonikowski (2013), una parte de los investigadores sobre el populismo se dedican a indagar sobre la relación entre este fenómeno y la democracia, es decir, las consecuencias que trae para el sistema democrático el momento populista. De hecho, la amplia percepción del populismo como un cáncer de la democracia ha revitalizado el estudio del fenómeno en la última década, más ahora, cuando Gobiernos populistas de extrema derecha se hicieron con el poder en países con democracias sólidas como EE. UU. y el Reino Unido, entre otras. Sin embargo, algunos académicos han argumentado que el populismo aplica políticas de inclusión social que ayudan a expandir la participación democrática hacia aquellas personas que estaban previamente excluidas, como fueron los casos latinoamericanos de Gobiernos populistas de izquierda en las décadas recientes. Entonces, se preguntan los autores, “whether populism should be seen as a threat or corrective to democracy” (Gridon & Bonikowski, 2013, p. 18).

Desde un punto de vista de la teoría política, Urbinati (1998) sostiene que la idea central del populismo es distribuir el poder político entre el establecimiento político y los grupos sociales emergentes, sosteniendo que la tensión entre la democracia liberal y el populismo radica en las diferentes visiones que tienen sobre las instituciones representativas (típicas de las democracias liberales) y la voluntad del pueblo. Los populistas entienden que dichas instituciones están para transformar en decisiones políticas la voluntad de la mayoría y no para mantener un equilibrio de poderes entre las diferentes partes que componen el sistema democrático.

Canovan (2002) afirma que la democracia es una ideología y práctica de la participación popular, así como también un sistema complejo de toma de decisiones que muchas veces opaca la voluntad del pueblo. Justamente, el populismo intenta redimir esta relación con “a claim to legitimacy that rests on the democratic ideology of popular sovereignty and majority rule, that is a return to a true democracy led by the people and not by professional political elites” (p. 26). En otras palabras, la autora entiende que el populismo viene a corregir las desavenencias estructurales de la democracia liberal occidental.

Por otra parte, Ardití (2007) sugiere que el populismo puede ser visto como un invitado incómodo que hace las preguntas inadecuadas que apuntan a los problemas irresueltos. Una metáfora que refleja



precisamente la dualidad entre las políticas populistas y la democracia liberal occidental: el populismo desafía el “common sense of liberal democratic practice and may have ominous implications for liberal democracy; at the same time, populism may serve to identify otherwise overlooked political problems and give marginalized groups a legitimate voice” (Gridon y Bonikowski, 2013, p. 19).

Postel (2007) destaca la capacidad del populismo para mejorar la calidad de la democracia, al plantear el caso del Partido Populista Americano que surge, según el autor, como respuesta a la crisis económica del siglo XIX que trajo consigo una serie de reformas tecnológicas en los sectores de transporte, producción industrial, comunicaciones y comercio global que afectaron particularmente el incremento de la participación democrática de la mayoría. En este sentido, para Postel, el populismo no está en contra de la modernidad ni niega los valores democráticos, sino que se opone a aquellas reformas económicas que atentan contra el incremento de la participación democrática del pueblo.

Kaltwasser (2014) indaga sobre la relación entre el populismo y los dos elementos claves de la teoría democrática, esto es, la definición de pueblo y los límites del autogobierno. El autor, dice que las políticas populistas siempre giraron alrededor de estos dos dilemas, pero que la respuesta de los diferentes gobiernos varió según los casos y contextos. Mientras el populismo europeo hace énfasis en la dimensión étnica del pueblo, los populistas norteamericanos lo hacen en la inmigración y la lucha contra el establecimiento, y los latinoamericanos se concentran en articular étnica y económicamente diferentes sectores sociales.

Ahora bien, según el autor, las políticas populistas en relación con el autogobierno también son variadas. En el caso europeo, la Unión Europea es percibida como una amenaza a la soberanía popular, en el caso de los latinoamericanos esa amenaza proviene de sus viejas constituciones, que no están acorde con lo que el pueblo necesita, y en el caso de los norteamericanos la intimidación proviene de los gobernantes que no respetan sus derechos constitucionales que tienen como pueblo. Por lo tanto, el populismo no es antidemocrático, sino todo lo contrario: ofrece una serie de respuestas a las principales tensiones presentes en la democracia.

En otro texto, Kaltwasser y Mudde (2012) sostienen que el populismo está positivamente relacionado con la democracia porque se centran en representar la voluntad del pueblo, movilizar a los grupos marginados, construir coaliciones partidarias y rendir cuentas por parte del sistema



democrático (*democratic accountability*). Kaltwasser (2012) también sugiere que el populismo se puede comportar como un correctivo o una amenaza a la democracia dependiendo del grado de consolidación democrática que exista y si los populistas están en el Gobierno o en la oposición. En democracias consolidadas se espera un pequeño impacto positivo cuando el populismo es oposición y un impacto moderado (positivo o negativo) cuando es Gobierno. En cambio, en democracias poco consolidadas, cuando el populismo es Gobierno, se espera un fuerte impacto negativo, pero cuando son oposición sus efectos son positivos, pues sirven como correctivos democráticos.

Levitsky y Loxton (2012) ponen en duda los efectos democratizadores del populismo, en especial en las poco consolidadas democracias latinoamericanas donde, para ellos, el populismo, lejos de tener efectos positivos sobre ellas, inhiben el desarrollo de la institucionalidad democrática, aunque puedan, al mismo tiempo, generar inclusión política. En otras palabras, los líderes populistas pueden contribuir al debilitamiento institucional de las democracias y permitir la aparición del llamado autoritarismo competitivo².

Si el populismo se caracteriza por apelar al pueblo, y si esta apelación encuentra lugar en democracias occidentales maduras, entonces ¿cómo se relaciona el populismo con la democracia? Los movimientos populistas son considerados una amenaza a la democracia, sin embargo, continúa la autora, los nuevos populistas se proclaman como verdaderos demócratas que apelan al poder del pueblo (Canovan, 2004).

Margaret Canovan (2004) destaca que existen dos capítulos de lo que podríamos llamar la teoría de la democracia. De acuerdo con la autora, la democracia moderna liberal resulta de una combinación de dos conjuntos de principios fundamentales diferentes, uno liberal y el otro populista-democrático. Al liberalismo le preocupan los derechos individuales y los principios universales como el principio de legalidad y el Estado de derecho, expresados comúnmente a través de constituciones escritas. Los populistas-democráticos, en cambio, están más interesados en la voluntad soberana del pueblo, esto es, en el principio de la mayoría, expresada generalmente mediante el uso sistemático de los referendos.

Las democracias liberales modernas, continúa Canovan (2004), siempre han tenido una tensión entre los dos conjuntos de principios fundamentales. Los movimientos populistas amenazan ese frágil compromiso y sostienen la necesidad de crear democracias puras.

2. Para mayor información, ver Lewitsky y Way (2010).



La sensación que dan los dos capítulos de la teoría democrática es que “although populism raises practical problems for liberal democracy, its theoretical significance is limited” (p. 244). Por esta razón, Canovan sostiene que los movimientos populistas contemporáneos ponen en evidencia la complejidad de las democracias, yendo más allá de lo expresado por estos dos conjuntos de la teoría.

La paradoja de la democracia surge porque tiene la idea de acercar “the mass of the people into politics; but making this possible requires institutional arrangements that are too complex for most people to grasp in imagination” (Canovan, 2004, p. 245). Ahora bien, el mecanismo comúnmente utilizado para hacer comprensible esas políticas a las masas fue la ideología democrática que se centró en la idea de la soberanía popular. Idea que generó una expectativa alrededor del ejercicio del poder político que luego no se cumplió. Este incumplimiento fue utilizado por los populistas para advertir que el poder les fue arrebatado al pueblo y que solo ellos (los movimientos populistas) pueden recuperarlo nuevamente.

Canovan (2004) intenta superar el debate incluyendo un nuevo elemento de análisis, el progreso, estableciendo que “there is a gap in the current ideological spectrum that could be filled by a distinctively populist picture” (p. 245). Todas las grandes corrientes ideológicas plantean una serie de ideas que tienen que ver con la liberación progresiva y el crecimiento económico lineal, es decir, a medida que transcurre el tiempo, cada uno será más libre y tendrá una vida mejor en relación con el punto de inicio. En otras palabras, se argumentó que la generación de los hijos sería más libre y económicamente más rica que la generación de sus padres y, por ende, de sus antepasados.

Ahora bien, esta idea de progreso le da una posición privilegiada a la noción de avance, entendido en término lineal y material (crecimiento económico), con respecto a las creencias, opiniones y formas de vida del resto de la humanidad. Esto se da incluso en las ideas reformuladas y más igualitarias del liberalismo y socialismo, donde el sentido de progreso (donde los seres humanos somos meros receptores del bienestar económico) sigue intacto, aunque intenten acercarlo a la mayoría de la población. Estamos tan acostumbrados a pensar de esta manera que ni siquiera podemos cuestionarnos al respecto, incluso cuando la historia nos da ejemplos que permiten, al menos, tener algunas dudas con respecto al progresismo o vanguardismo: “So it might be worth considering alternative ways of thinking, including a populist mind-set” (Canovan, 2004, p. 246).



Sin embargo, es posible concebir una serie de formas de populismo anti-vanguardista o antiprogresista. Dentro de las formas que asumen, la más interesante es aquella que cuestiona el progresismo por considerar que la última generación es más avanzada que la anterior y por esto no le presta atención a los acuerdos y convicciones anteriores (Canovan y Chesterton, 1977). En otras palabras, la razón del populismo “is that instead of assuming that the latest way of doing things must be the best, long-standing popular customs and traditions need to be taken seriously” (Canovan, 2004, p. 247).

Por otro lado, Anselmi (2017) reconoce que más allá de las diferencias propias de las connotaciones específicas, históricas, geográficas y sociales del fenómeno populista, es posible arribar a una definición mínima y una caracterización de tipo sociopolítico del populismo. A la vez, continúa el autor, resulta reduccionista relacionar el fenómeno en cuestión con la ideología, la estrategia o con un estilo discursivo. Ahora bien, plantear dicho acercamiento resulta parcial respecto a la complejidad social del fenómeno, lo que hace necesario considerar al populismo como «specifica configurazione del potere politico con delle precise determinazioni sociologico-politiche» (p. 90).

Para Anselmi (2017), el populismo no debe ser visto como un mal de la democracia o una deformación, sino como «la manifestazione sociale della sovranità popolare in particolare condizioni di crisi del regime politico» (p. 90). Con esto, justifica la necesidad de una sociología de la democracia contemporánea que aborde el fenómeno del populismo a la luz de los cambios estructurales motivados por el proceso de globalización.

Discusión

La idea central del presente artículo fue poner en evidencia la existencia de una amplia bibliografía bien argumentada, sistematizada y, al mismo tiempo, controvertida acerca del fenómeno populista como fenómeno político y como campo conceptual. Seguramente algunos se preguntarán qué tiene de novedoso este trabajo o cuáles fueron sus aportes sobre la temática tratada. En primer lugar, dar a conocer la existencia de una amplia y variada escritura en relación con el fenómeno populista, por cierto, bastante desconocida en el ámbito de las ciencias sociales en general y de las ciencias políticas en particular. Por otro lado, contribuir a la sistematización, existente claro está, pero incompleta, como también poner a dialogar a los autores, al menos



los más destacados y cuyos trabajos cumplen con criterios de sistematicidad, rigurosidad y comprobación, en torno al gran debate que se desprende de los textos expuestos: la relación entre populismo y democracia entendida en la democracia liberal occidental.

Es importante destacar que por razones de tiempo y espacio no todos los artículos y libros fueron incluidos en la sistematización y diálogo. Igualmente, aquellos textos que quedaron por fuera no hicieron un aporte novedoso o distinto al incluido en este trabajo: hubo, más bien, una especie de «puesta en práctica» de los desarrollos teóricos existentes y, por otro lado, una revitalización de lo ya expuesto. Lo novedoso, se podría decir, partió de la vinculación del populismo con las relaciones internacionales³ y, en especial, con la política exterior⁴. Este nuevo campo de investigación (populismo y relaciones internacionales), que recién comienza, aunque ya dispone de una amplia bibliografía, debería tomarse como referencia para futuras investigaciones.

Referencias

- Acemoglu, D., Georgy, E., y Konstantin, S. (2013). Political Theory of Populism. *The Quarterly Journal of Economics*, 128(2), 771-805.
- Anselmi, M. (2017). *Populismo. Teorie e Problemi*. Milán: Mandatori.
- Arditi, B. (2007). *Politics on the Edge of Liberalism*. Edimburgo: Edinburg University Press.
- Auyero, J. (2001). *Poor People's Politics*. Durham - Londres: Duke University Press.
- Álvarez, J. (1990). *El emperador del paralelo. Lerroux y la demagogia populista*. Madrid: Alianza Editorial.
- Barr, R. (2009). Populists, Outsiders and Anti-Establishment Politics. *Party Politics*, 15(1), 29-48.
- Casullo, M. (2019). *¿Por qué funciona el populismo? El discurso que sabe construir explicaciones convincentes de un mundo en crisis*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Canovan, M., y Chesterton, G.K. (1977). *Radical Populist*. Nueva York: Harcourt Brace Jonanovich.

3. Entre los que se destacan: Destradi y Plagemann (2019); Stengel, MacDonald y Nabers (Eds.) (2019); Wehner y Thies (2020).

4. Por mencionar algunos: Chrysogelos (2018); Colalongo (2018) y Wehner y Thies (2020).



- Canovan, M. (2002). Taking Politics to the People: Populism as the Ideology of Democracy. En Y. Meny, y Y. Surrél (Eds), *Democracies and the Populist Challenge* (pp. 25-44). Nueva York: Palgrave.
- Canovan, M. (oct 2004). Populism for political Theorists? *Journal of Political Ideologies*, 9(3), 241-252.
- Collins, R. (2004). *Interaction Ritual Theories*. Princeton: Princeton University Press.
- De la Torre, C. (2000). *Populist Seduction in Latin America: The Ecuadorian Experience*. Athens: Ohio University Press.
- De la Torre, C. y Peruzzotti, E. (2008). *El retorno del pueblo. Populismo y nuevas democracias en América Latina*. Quito: Flacso.
- Deegan, K., y Haughton, T. (2009). Toward a more useful conceptualization of populism: types and degrees of populist appeals in the case of Slovakia. *Politics & Policy*, 37(4), 821-841.
- Drake, P. (1999). Chile's Populism Reconsidered, 1920's-1990's. En M. Conniff, (Ed.), *Populism in Latin America* (pp. 63-75). Tuscaloosa: University of Alabama Press.
- Freedman, M. (1998). Is Nationalism a Distinct Ideology? *Political Studies*, 46(4), 748-765.
- Freidenberg, F. (2007). *La tentación populista. Una vía al poder en América Latina*. Barcelona: Síntesis.
- Gidron, N., y Bonikowski, B. (2013). Varieties of Populism: Literature Review and Research Agenda. *Weatherhead Working Paper Series*, (13 -0004), 1-38.
- Hawkins, K. (2010). *Venezuela's Chavismo and Populism in Comparative Perspective*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Jansen, R. (2011). Populist Mobilization: A New Theoretical Approach to Populism. *Sociological Theory*, 29(2), 75-96.
- Kazin, M. (1995). *The Populist Persuasion: An American History*. Ithaca: Cornell University Press.
- Knight, A. (1998). Populism and Neopopulism in Latin America, especially Mexico. *Journal of Latin American Studies*, 30(2), 223-248.
- Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Levitsky, S. y Roberts, M.K. (2011). *The Resurgence of the Latin American Left*. Baltimore: John Hopkins University Press.
- Levitsky, S. y Loxton, J. (2012). Populism and competitive authoritarianism: the case of Fujimori's Peru. En C. Mudde y C. Rovira (Eds.), *Populism in Europe and The Americas* (pp. 107-136). Cambridge: Cambridge University Press.



- Lewitsky, S., y Way, L. (2010). *Competitive Authoritarianism: Hybrid Regimes After the Cold War*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Madrid, R. (2008). The rise of ethnopopulism in Latin America. *World Politics*, 60(3), 475-508.
- Menéndez-Carrión, A. (1986). *La conquista del voto en el Ecuador. De Velasco a Roldós*. Quito: Corporación Editora Nacional – Flacso.
- Mudde, C. (2004). The Populist Zeitgeist. *Government and Opposition*, 39(4), 542-563.
- Mudde, C. y Rovira, C. (2012). *Populism in Europe and the Americas*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Ostiguy, P. (2007). Syncretism in Argentina's party System and Peronist Political Culture. En D. Galvan y R. Sil (Eds.), *Reconfiguring Institutions Across Time and Space. Syncretic Responses to Challenges of Political and Economic Transformation* (pp. 83-113). Nueva York: Palgrave Press.
- Panizza, F. (2005). *Populism and the Mirror of Democracy*. Londres: Verso.
- Postel, C. (2007). *The Populist Vision*. Oxford: Oxford University Press.
- Prud' Homme, F. (2001). Un concepto evasivo: el populismo en la ciencia política. En G. Hermet, S. Loaeza, y J. F. Prud' Homme (Eds.), *Del populismo de los antiguos al populismo de los modernos* (pp. 35-65). Ciudad de México: Colegio de México.
- Rovira, C. (2012). The Ambivalence of Populism: The threat and Corrective for Democracy. *Democratization*, 9(2), 184-208.
- Rovira, C. (2014) The Responses of Populist to Dahl's Democratic Dilemmas. *Political Studies*, 62(3), 470-487.
- Roberts, K.M. (2006). Populism, Political Conflict, and Grass-Roots Organization in Latin America. *Comparative Politics*, 38(2), 127-148.
- Stanley, B. (2008). The thin ideology of populism. *Journal of Political Ideologies*, 13(1), 95-110.
- Taggart, P. (1995). New populist parties in Western Europe. *West European Politics*, 18(1), 34-51.
- Taggart, P. (2000). *Populism*. Buckingham: Open University Press.
- Urbinati, N. (1998). Democracy and Populism. *Constellations*, 5(1), 110-124.
- Weyland, K. (2001). Clarifying a Contested Concept: Populism in the Study of Latin American Politics. *Comparative Politics*, 34(1), 1-22.
- Zanatta, L. (2013). *Il populismo*. Roma: Carocci editore.